

VIAJE VIRTUAL

A LA CUEVA DE LASCAUX

TODO UN MUSEO DEL ARTE PREHISTÓRICO



¡Hola compi!

Hoy viajamos a Francia, a la cueva de Lascaux, todo un museo prehistórico.

Impponentes figuras de animales revisten las paredes de la llamada sala de los Toros de Lascaux. Caballos, diversos bóvidos (entre ellos uno ya extinguido, el uro), ciervos e incluso un oso se alinean y encabalgan en una franja de veinte metros de longitud, pintada hace unos 18.000 años. No es ni de lejos tan antigua como la cueva de Altamira (a la que ya hicimos un viaje virtual). Se ha descubierto que en Altamira se pintaba hace más de 35.600 años y que en El Castillo (Puente Viesgo, Cantabria) hay signos con más de 40.800 años.



LA CURIOSA HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO:

El nombre de la cueva procedía de una familia noble, los Labrousse de Lascaux, a la que perteneció un castillo abandonado situado cerca de Montignac. Junto al castillo había una cueva envuelta en leyendas locales. Se decía que durante la Revolución Francesa un sacerdote de la familia se había refugiado en ella y que la entrada había sido tapada para ocultar un tesoro; en realidad, el supuesto sellado quizás se debió a un corrimiento de tierras. Hasta se escuchaban misteriosos sonidos procedentes de su interior. Cuando, hacia 1920, un abeto fue derribado por una tormenta, sus raíces volcadas hicieron que quedara despejada la entrada a la gruta, pero los ganaderos de la zona la cubrieron para evitar riesgos al ganado, pues un burro desapareció en sus entrañas.

El 8 de septiembre de 1940, Marcel Ravidat, un adolescente de 17 años, y su perro Robot decidieron ir en busca del tesoro de la cueva de Lascaux. Tras mucho rondar, al final de la tarde fue el perro quien dio con un hoyo de un metro de diámetro por metro y medio de profundidad, oculto entre los matorrales. El perro se puso a escarbar en el fondo y logró abrir un orificio. Marcel arrojó piedras por el agujero y el sonido delató un hueco profundo. La noche se cernía ya sobre Lascaux y había que aplazar la exploración.

Cuatro días más tarde, Marcel volvió con tres amigos de su edad. Con un largo cuchillo de fabricación casera trabajó durante una hora para abrir un orificio por el que se introdujo de cabeza. Una vez dentro se puso a reptar con los codos, iluminando el camino con una lámpara que había fabricado él mismo (era aprendiz en un taller mecánico): una bomba de aceite de un coche con una mecha de algodón. Transcurridos seis metros cayó pozo abajo, rodando sobre nódulos de sílex. La lámpara se apagó, pero pudo recuperarla entre magulladuras y animó a sus amigos a entrar.



Lo primero que encontraron en el camino fue el esqueleto del burro desaparecido. Pero esto no fue todo. Los jóvenes avanzaron unos cuarenta metros hasta llegar a una galería estrecha. Cuando levantaron la lámpara quedaron atónitos: todo el techo estaba tapizado con pinturas de caballos y toros.

Tras explorar la cueva durante dos días, los jóvenes convinieron en hablar con Léon Laval, el maestro jubilado. Al principio, Laval pensó que era una broma. Conducido al lugar, se resistió a entrar por aquel hueco, hasta que una aldeana de setenta años le dio ejemplo. Una vez dentro, Laval comprendió que era un hallazgo extraordinario y se apresuró a avisar a Breuil. Un chico, Maurice Thaon, llevó el mensaje al abate, junto con unos croquis y calcos que él mismo había trazado. Vivamente interesado, Breuil se trasladó de inmediato a Montignac. Pasó en la cueva prácticamente los tres meses siguientes estudiando las pinturas.

¡Te invito a recorrer toda la cueva de forma virtual! Desde el año 1966 está cerrada al público porque el calor humano y los flases de las cámaras deterioraron mucho las pinturas. Así que ¡Aprovechamos la tecnología y visitémosla virtualmente!

¡Venga, aventurero! ¡Coge la linterna que nos vamos!

Abrazos. Bori

<https://archeologie.culture.fr/lascaux/es/visita-cueva/puits>